Leer
Entre Líneas 43
Abril 2000

El gobernante isocrático

En su "Aeropagítico", alrededor del año 354 antes de Cristo, Isócrates formuló la siguiente sentencia: "Es preciso que los buenos gobernantes no llenen los pórticos con escritos, sino que establezcan la justicia en los espíritus. Porque las ciudades se gobiernan bien no con decretos sino con costumbres, y quienes han sido mal criados se atreverán a transgredir las leyes por bien redactadas que estén. En cambio los que han sido bien educados también querrán ser fieles a las leyes establecidas con sencillez".

Para gobernar, concluyo, y esa es la experiencia común, no hace falta decretar tantas leyes. Es verdad que son necesarias, pero también es verdad que muchas veces son letra muerta. ¿Por qué? Porque el gobernante, gobernador, concejal, alcalde, presidente de la asociación de vecinos, diputado o activista político ni siquiera encarna la ley, mucho menos su espíritu. Al no ser ejemplo de puntualidad, al no creer en la participación, al no convocar a la gente y gobernar con la gente, al robar, al mentir, al caer en el protagonismo puro, al hacer cosas "visibles" justo antes de cada campaña electoral, no da el ejemplo que todos buscamos. Su ejemplo debe mostrarse claramente en sus virtudes humanas, es decir, en su humildad y sencillez, en su bien arraigadas convicciones e ideales de servicio, en su abnegación continua, en su gran capacidad de escucha, en su demostración de que lo primero son las personas y sus necesidades, y después él o ella.

No me sirve el gobernante, o el deseoso de gobernar, mostrando con pitos y flautas las leyes que él o ella consideran la panacea, la salvación del pueblo, la superación de todos los males. Lo que va por delante no es la letra escrita, sino la vida, la palabra acompañada de la acción. Todo consiste, en definitiva, en hablar menos y resolver más.

La palabra "gobernar" significa timonear el barco, la nave. Gobernar, por tanto, es análogo a dirigir esa nave y llevarla a buen puerto, y eso exige firmeza, valentía, decisión, coherencia de vida, sacrificio, entrega, tiempo... En la travesía (en el gobierno de la ciudad) hay tempestades y borrascas, mal tiempo y buen tiempo, motines, sol y lluvia, brisa marina, tiempos de guerra y de paz. En la travesía hay que conocer muy bien las estrellas y los vientos que guían al puerto seguro. Hay que leer en los rostros y miradas de la gente, del pueblo. Hay que saber escuchar sus corazones, convocar las conciencias, pedirles opinión y construir con ellos el plan de viaje.

El tiempo y las experiencias humanas, entonces, van escribiendo las leyes. Primero se edifican los hábitos y las costumbres. Primero se forja el gobernante con la propia educación y formación. Con el desarrollo de hábitos y costumbres que lo hacen un hombre y una mujer cabales y virtuosos. Primero se es ejemplo de esos buenos hábitos y costumbres, y luego, se redactan las leyes que guiarán a las generaciones futuras. Primero el espíritu, luego la forma. Primero la heroicidad diaria, luego lo escrito. Juan Pablo II nos dijo en Caracas, el 11 de febrero de 1996 que "el hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina; en la vida y los hechos que en las teorías".

Alfredo Gorrochotegui

SUMARIO

Profesión: sus labores de embellecimiento	/ 2
La enseñanza asiática necesita fomentar la creatividad	/ 4
Cubanos excluidos en su propio país	/ 5
Por una autoridad emancipadora	/ 6
Cómo ganar autoridad	/ 8
Los cambios en la empresa de hoy, según Drucker	/ 9
Capacidad de concentración	/ 10

Profesión: sus labores de embellecimiento

Ser bella, parecer joven y estar delgada forman parte de las aspiraciones de muchas mujeres en Occidente. La apreciación estética de la mujer no es inédita, pero el fervor y la obsesión actuales transmiten un mensaje incoherente con los logros femeninos de este siglo, que celebra haber enterrado a la mujer-objeto. Y, más allá, remite a la consideración del cuerpo como un inacabado proyecto vital, la expresión última del ser.

A fines del siglo XX y al comienzo del siglo XXI asistimos a un desorientado fervor estético. La belleza es un deber. Es atractivo sexual que no ve personas, sólo hembras. Es también un exigente canon en el sentido de ideal y, también , de tasa. Cerca de 70.000 mujeres estadounidenses (15.000 adolescentes entre ellas), 65.000 británicas, 100.000 francesas y 20.000 italianas –éstas últimas sólo de 15 a 20 años– se sometieron a una operación de cirugía estética en 1997. La facturación de productos de belleza en Gran Bretaña alcanza los 8.900 millones de libras. El consumo medio anual por habitante en Francia ronda los 900 francos.

De la apreciación a la obsesión

La apreciación de la belleza femenina puede considerarse como un logro humano en tanto sea eso: apreciación de personas. La belleza puede contemplarse como un don (se tiene o no) o algo por elaborar.

En estos momentos la belleza femenina es algo que cada una *debe* construir, no un don. "No hay mujeres feas, sólo perezosas", dijo Helena Rubinstein.

Hoy la belleza es, sobre todo, atractivo sexual en su más reducido sentido. La unívoca palabra *sexy* sustituye a las muchas que calificaban (sólo estéticamente) a una mujer: a las tradicionales (bonita, guapa, bella, hermosa, graciosa, preciosa, linda, perfecta, agraciada); a las exageradas (divina, sublime).

El cuerpo como proyecto vital

Lo más preocupante de este fenómeno es la filosofía que subyace. Esa insatisfacción permanente por ser más bella termina a veces en conocidas enfermedades psíquicas. Y, en general, en la insólita falta de autoestima de tantas mujeres occidentales en pleno siglo XX. El cuerpo se convierte en un proyecto prioritario e inacabado, el único o el más importante.

La gravedad de la belleza

Otro de los aspectos más significativos de la fiebre estética contemporánea es la pérdida del sentido de juego que rodeaba antaño a la belleza. Más que una sana frivolidad, planea a menudo una sombría gravedad, un espíritu ascético impropio, incluso un tono profiláctico y supuestamente científico que arrebatan a los procesos de embellecimiento y adorno su carácter original de *amabilidad* y diversión.

Hay algo de Frankestein en el afán de reconstrucción del cuerpo a través de la cirugía, de vampiro en la resistencia a envejecer. No hay vida en esas mujeres escuálidas, *zombies* en las que tantas adolescentes se miran; tampoco en las momias, resultado del implante y el estiramiento.

Ir de compras se ha convertido a veces en una tortura. No es sólo una cuestión de inexistencia de tallas, especialmente para las jóvenes. Es también el aliento que rodea el proceso. No basta con estar favorecida, es necesario arrasar: vestirse para "matar". Se pretende ser otra, se acaba siendo cualquiera.

El código de belleza actual y sus reglamentos cubren exhaustivamente todos los rincones del cuerpo femenino como si fueran la ley mosaica.

Indicaciones y prohibiciones sobre productos, procedimientos, alimentos y ejercicios físicos conforman así una exigente disciplina que absorbe tiempo, dinero y, sobre todo, *mente*.

En algunos espacios dedicados aparentemente a la belleza (gimnasios, clínicas de adelgazamiento, centros de estética) se respira un aire de campo de concentración, de laboratorio de experimentación humana.

¿De quién es la culpa?

A veces se señala como culpables de esta situación a quienes pueden ser sólo cómplices: hombres, medios de comunicación e industrias que trabajan en el campo de la estética.

Es cierto que a los hombres les gustan las bellas. Pero una cosa es ir al cine a ver a Michelle Pfeiffer y otra, muy distinta, que un hombre pretenda que su mujer o su novia sean Michelle Pfeifer. En la actual exigencia estética hay algo que no responde a la valoración masculina, volcada más en el resultado global que en tanto detalle.

Respecto a los medios de comunicación y, en concreto, a los femeninos, sorprende su incoherencia: hablan de "liberación", pero predican que la apariencia es lo que importa con la profusión de páginas de moda y belleza.

La variada industria que alimenta el fervor estético responde a la contemporánea sociedad de consumo en general y a la fascinante credulidad femenina en particular. Se consumen productos de belleza y moda porque hoy *somos* en la medida en que *compramos* materiales y porque se cree en los efectos casi milagrosos que causarán en la apariencia. El círculo se completa al cifrar en ésta –en concreto, en el atractivo sexual– el éxito de las relaciones afectivas que resultan ser, lógicamente, muy volátiles. Es una carrera perdida de antemano: siempre habrá más bellas y, desde luego, más jóvenes. Invertir sólo en capital corporal es una trampa que acaban pagando las propias mujeres.

No sólo bellas

Ser bella o parecerlo provoca a los demás, quizás en una misma, un goce que no hay por qué obviar o estigmatizar. Gracias a Dios y a los genes, hay mujeres bellísimas de por sí. Gracias a la alimentación, al progreso médico, la calidad de vida y, por supuesto, las industrias estéticas, la belleza "natural" puede ser acentuada y prolongada *algo* de tiempo. Y, lo que es más importante, muchas mujeres pueden acceder a *cierta* belleza. Lo cual hace la existencia (de todos) un poco más agradable, nunca un cuento de hadas.

Sin embargo, una mujer no puede ser *sólo* bella, siempre es algo más: incluso cuando su hermosura es de parar la circulación. En la prolongación de la vida humana, y en concreto de la femenidad, hay un revelador dato que podría orientarnos sobre el valor que la belleza y juventud tienen. Porque si vivimos por promedio 78 años, vamos a pasar unos 30 por encima de los 50, casi el 40% de nuestra biografía. Y conviene hacerse a la idea.

Todo esto lleva precisamente a reivindicar la belleza con toda la alegría y seriedad que merece. La fugacidad de la hermosura, la perspectiva de la vejez o el destino de la muerte no pueden desembocar en pesadumbre. La desorientación actual respecto a la belleza, al cuerpo y sus patologías actuales (con nombre –anorexia, bulimia– o sin catalogar) no necesitan más inquisidores, sino poetas, verdaderos *bonvivants*, magnanimidad y mucho sentido del humor.

Don y juego

Lo primero es reconocer la belleza como un don. Alegrarse de que el espíritu, también aquí, sopla por donde quiere. Superar en algunos casos la envidia, la mirada en busca de algún defecto (físico o moral) o del rastro de la infelicidad que hagan a las bellas un poco des–*graciadas*.

El atractivo que ejerce en los hombres debería interpretarse con más humor. No es un insulto que perciban la belleza de otras. Lo que es un insulto es que perciban –en una misma o en las demás– *sólo* eso. O peor: que lo que perciban tenga poco que ver con la belleza.

Lo segundo es alimentar el aire festivo que debe rodear a la belleza, a su búsqueda. En este, como en otros ámbitos, es más fácil ser alegre que estar contenta. Un cuerpo, una cara, no es un campo de batalla contra una misma o contra las demás. Es algo personal, único. Para lucir hay que sufrir lo menos posible, preferiblemente nada. Riámonos de la razón pseudo-científica, de códigos impuestos, ejercicios flagelados, regímenes draconianos y cuchillos de cirujano.

Hace falta mucho derroche, todo el que se pueda en torno a la belleza: arreglarse porque sí, porque nadie me va a ver o porque sí lo harán, porque tengo 15 años y porque tengo 80, porque soy bella y porque no lo soy. Recuperar en todo este entorno el juego, la amabilidad y, si fuera posible, ese perdido misterio que hace la vida más interesante y divertida. Quizás entonces la preocupación estética, la belleza, tendrán algo que ver con ser mujer: algo, no todo.

Aurora Pimentel

La enseñanza asiática necesita fomentar la creatividad

Varios países planean exigir más capacidad de reflexión para entrar en la universidad.

Durante años, los resultados de los alumnos asiáticos en matemáticas y ciencias han sido la envidia de los países occidentales. Las autoridades estaban orgullosas de los "valores asiáticos", de la disciplina escolar y de formar trabajadores eficientes que dejaban la tarea de pensar a sus jefes. Sin embargo, a menudo se les ha reprochado sus carencias a la hora de formar personalidades creativas, que no se limiten a repetir la lección.

Un experto en educación (*Newsweek*, 6-IX-99) afirma que pedir a un estudiante coreano que escriba un ensayo creativo, a un japonés que haga una pregunta indiscreta o a uno de Hong Kong que simplemente realice una pregunta es una pretención imposible.

Estos países ven ahora la necesidad de preparar a los alumnos para la "Era de la Información", donde pensar, salirse de los esquemas y ser creativo tiene premio. El zapato aprieta, dicen, en los altos niveles de conocimientos exigidos para acceder a la universidad. No entrar en la universidad es equivalente a no ser nada en el futuro: de ahí que los jóvenes no se planteen más que memorizar lo que haga falta. Muchos de los que no lo consiguen, según el semanario, hacen del suicidio casi un rito en primavera.

Las alarmas empezaron a sonar con los licenciados de la jornada eficiente. Los bufetes advierten que los jóvenes abogados que contratan no saben pensar con visión de conjunto. Pueden hacer como el mejor una tarea concreta, pero no son capaces de idear una estrategia de defensa o planear las inversiones de los clientes. Incluso en la industria tecnológica han visto que los "novatos" saben muy bien cómo construir productos de alta tecnología pero no cómo inventar otros nuevos.

Las autoridades están introduciendo reformas en la manera de enseñar para fomentar el pensamiento creativo. Taiwán ha anunciado que a partir del 2002 el acceso a la universidad dependerá de un examen de análisis de información (semejante al SAT estadounidense), de uno de conocimientos en determinadas materias y de las cartas de recomendación de los profesores. Singapur también mira al SAT. En Malasia han optado por los ordenadores e Internet para que los alumnos aprendan a su gusto. Según los gurús de la reforma, "el problema es encontrar *software* que facilite pensar a los estudiantes". En cualquier caso, confían en que "un alumno pueda empezar por el postre sin que nadie se escandalice". Hong Kong planea también un combinado compuesto por la reforma del acceso a la universidad y la introducción de ordenadores en las aulas.

Estos países ven ahora la necesidad de preparar a los alumnos para la "Era de la Información", donde pensar, salirse de los esquemas y ser creativo tiene premio.

Cubanos excluidos de su propio país

Dagoberto Valdés Hernández, ingeniero agrónomo, miembro de la Unión Católica de Prensa de Cuba, escribe en la revista *Vitral* (septiembre- octubre 1999) sobre la discriminación a que se ven sometidos en su propio país.

Hace unos días, unos amigos míos que se habían marchado al extranjero hace más de 20 años invitaron a la parte de su familia que había quedado en Cuba a comer a un centro turístico campestre. Al llegar a la puerta del motel, el custodio, con mucha pena, pues era también cubano de los que permanecemos en Cuba, explicó: "Sólo pueden entrar los extranjeros o los cubanos que vivan fuera y tengan su pasaporte, pero los nacionales, los cubanos que viven aquí, no pueden entrar".

Allí, frente a la puerta, aquella familia quedó dividida, no podían compartir juntos en su propia casa. Y lo que es peor, la causa no eran los que habían abandonado la Isla sino los que habían permanecido aquí. Cuba es el único país donde, por razones de ser un "nacional" y vivir aquí, no se puede entrar a un centro turístico abierto. (...)

La circulación del dólar en Cuba que intentaba salvar una economía en quiebra, ponía el saneamiento de las finanzas internas por encima del derecho de cada cubano a vivir como un ciudadano normal en su propio país, pues en él comenzarían a aparecer no sólo lugares "por dólares" y lugares "en moneda nacional", sino que irían apareciendo dos tipos de ciudadanos, dos clases de personas, dos categorías de cubanos: los que tienen acceso al dólar y la inmensa mayoría que no lo tiene o, si se los mandan, es en pequeñas remesas para la supervivencia.

(...) Cuando los intereses económicos se ponen por encima de los derechos y de la dignidad de las personas, éstas son aplastadas por las "medidas" que las excluyen de los lugares y oportunidades por donde fluye la vida normal y las colocan al margen de la sociedad, convirtiendo a los que resultan excluidos en mendigos de "lo que queda", del "si no vienen turistas extranjeros", de "si el gerente te resuelve", de "si sobra alguna capacidad", o de un número simbólico de empleos "para vanguardias nacionales", hoja de parra que no puede tapar la realidad con un dedo. Esto es humillante y debe cesar.

Me he referido mayormente a los lugares turísticos, no a los más grandes sino aún a los más sencillos y recónditos. Todavía recuerdo hace dos o tres años que al llegar a uno de los centros campestres de Viñales, un señor muy gentil nos preguntó qué deseábamos, cuando intentaba entrar con unos amigos cubanos a ese lugar; le dijimos que estar allí, disfrutar del paisaje, apreciar la ampliación que habían hecho... Nos dijo textualmente: perdonen, pero no pueden pasar si no van a consumir en divisas. Esto es para turistas. Para los nacionales es en el campismo.

He aquí otra categoría establecida por la desigualdad: turistas equivale generalmente en Cuba hoy a los extranjeros, los de aquí no hacemos turismo en nuestro país, somos "nacionales". (...)

Otra de las zonas donde los cubanos somos excluidos es en el sector empresarial: los extranjeros pueden invertir en Cuba y crear empresas con el Estado o solos, o con otros extranjeros... menos con cubanos. Los nacionales no podemos invertir, si tuviéramos con qué, ni podemos formar empresas mixtas en nuestro propio país, ni siquiera podemos emplear en un pequeño negocio a personas que no sean las de la familia.

Ninguna justificación política o ideológica debe esconder éstas y otras exclusiones en que los cubanos de aquí somos colocados en una zona de segregación social y económica.

Por una autoridad emancipadora

El estilo autoritario de ejercer la paternidad está hoy universalmente rechazado. Al mismo tiempo, sin embargo, la sociedad echa en falta que los padres practiquen la autoridad. Este es uno de los temas que ahora más ocupa a los orientadores familiares, porque parece que el ejercicio de la autoridad paterna ya no se aprende por tradición.

Desde siempre se ha teorizado sobre los conflictos que acarrea el ejercicio de la autoridad paterna, así como sobre la dificultad que encuentran los padres para plasmar en actitudes y hábitos concretos los valores que pretenden transmitir a sus hijos. Ahora bien, la situación en nuestros días, cuando ya no existe un modelo familiar admitido de un modo generalizado, resulta especialmente problemática. No sólo se discute el cómo y hasta dónde de la autoridad, sino también los fines básicos de la propia familia: no sólo hay perplejidad respecto a los medios para transmitir valores, sino que a menudo están en discusión precisamente esos mismos valores. El resultado está a la vista: las situaciones que antes se consideraban irregulares o excepcionales son ya habituales.

Este panorama no parece preocupar de un modo especial a los padres jóvenes. Solamente con el paso de los años, al llegar la adolescencia de los hijos, aparece cierto desconcierto, que lleva a algunos matrimonios a preguntarse si sus criterios educativos –o su falta de criterios– habrán sido los correctos. Y si la situación se escapa por completo de sus manos (ruptura de la comunicación familiar, fracaso escolar, drogas, alcohol, sexo precoz e incontrolado), la excusa de tratar el mal como "signo de los tiempos" atempera lo que en el fondo resulta un tremendo sentimiento de fracaso.

Cuando el ambiente puede más

Porque si la familia tiene una finalidad, si la educación se refiere a unos objetivos, habrá éxito o fracaso. Cuando en una familia hay proyecto educativo, cuando los padres se esfuerzan en concretar y resaltar aquellos valores que consideran importantes para la vida de sus hijos, lo normal y habitual será que estos conozcan esos valores y que, en mayor o menor medida, los hagan suyos. Pero cuando el único proyecto educativo relevante se refiere siempre al dinero y al placer, entonces sólo la suerte decide cómo los hijos orientarán sus vidas.

A veces ocurre que sí hay proyecto educativo, pero los padres se ven imposibilitados para transmitir los valores a sus hijos. Son padres que saben lo que quieren, y que intentan proponerlo a sus hijos, pero ven consternados como el ambiente, los medios de comunicación, los amigos, etc. pueden más. Y se encuentran con que carecen del prestigio, de la capacidad de motivar, de la ejemplaridad que sería necesaria para contrarrestar la marea que se lleva a sus hijos. No es una cuestión de fácil respuesta, pero hay algo en lo que coinciden muchos orientadores familiares: cuando no hay autoridad, el problema se complica extraordinariamente.

Padres sumisos

¿Quién no conoce algún caso de una madre joven, universitaria, trabajadora brillante, que confiesa, literalmente,

No es fácil conseguir que los hijos adopten los valores que quieren transmitirles los padres; pero sin autoridad, el problema se complica extraordinariamente

La crisis de autoridad paterna ya no es sólo un problema de pedagogía familiar, sino que en algunos países se ha convertido en un obstáculo para la cohesión social

que "no puede" con su pequeño de cuatro o seis años? Después de incontables sesiones y batallas perdidas, ya ni siquiera acude a las antiguas amenazas, que ambos saben que nunca se cumplieron. Incapaz de resistir los caprichos o de frenar las rabietas del hijo, la madre satisface cualquiera de sus exigencias; el diminuto dictador la manipula a su gusto, impone su ley y marca con sus inconstantes apetencias el ritmo de la casa, la hora y el contenido de las comidas, los paseos o los juegos. Sólo cuando el agotado angelito se duerme –donde, cuando y como quiere– llega el momento en que la madre toma la iniciativa.

Es un fenómeno cada día más generalizado, y que hace algún tiempo se hubiera resuelto con apenas tres consejos llenos de sentido común. Pero hoy ya no son posibles soluciones así: una generación de padres sumisos ignoran que con su falta de autoridad, con el corto deseo de que sus hijos lo pasen hoy lo mejor posible, les están permitiendo que destrocen unas facultades que les posibilitarían una felicidad futura mucho mayor y duradera.

La fuerza del cariño

La autoridad es "la principal influencia externa de los padres respecto a la educación positiva de los hijos", en acertada descripción de Fernando Corominas, pionero en las pedagogías innovadoras que están marcando el principio de una nueva cultura educativa. Sin autoridad, la tarea de los padres se complica extraordinariamente, y su misión educativa resulta prácticamente imposible.

Hoy es un lugar común la "crisis de autoridad", no sólo en el seno de la familia, sino en general en cualquier situación. Pero habría que precisar, antes que nada, de qué autoridad estamos tratando, o, más en concreto, en qué pretendemos basar la autoridad en la familia. Porque muchas veces es una autoridad cuyo único fundamento es el poder: el padre manda porque "puede" al hijo, físicamente al principio, más tarde limitando su autonomía por otros medios (dinero, horario, etc.).

Pero hay otra autoridad distinta, basada en los años de experiencia, en la "fuerza del cariño": cuando los hijos obedecen no por temor, sino porque confían en sus padres; y cuando esa confianza se basa en la percepción de que sus padres son sinceros y justos, o, al menos se esfuerzan por serlo. Por eso se habla en ocasiones de problemas derivados, no de la "desobediencia" de los hijos, sino de la "arbitrariedad" de los padres. Cuando los padres no gritan, ni repiten inconsistentemente las órdenes; cuando no amenazan sin ton ni son, ni imponen castigos sin avisar; cuando las órdenes son pocas, pero siempre se hacen cumplir; cuando se motivan los mandatos, evitando las arbitrariedades impulsivas; cuando se alaba y se agradece a los hijos su obediencia, no hay crisis de autoridad.

Mandar poco y exigir obediencia

Por eso los especialistas recomiendan cosas tan simples, y tan eficaces, como ser extremadamente parcos en el ejercicio de la autoridad, con los menos mandatos posibles, pero exigiendo siempre su cumplimiento. La madre que, mientras hace otra cosa, dice a su hijo, que está en ese momento jugando con el camión en miniatura, "recoge el rompecabeza y déjalo guardado en su caja", acaba de dar una orden, y no puede seguir sin más con sus quehaceres sin preocuparse de que su hijo cumpla lo indicado. Si en esos momentos estaba ocupada con otras cuestiones, o estaba cansada para proponer más tareas, cosa muy admisible, y no se sentía con fuerzas para conseguir ser obedecida, debería haberse callado.

La autoridad es la mayor arma que tienen los padres para conseguir llevar a sus hijos a buen puerto, y no es algo banal, que se pueda utilizar sin ton ni son, o como excusa para lograr una tranquila sobremesa sin molestas actividades infantiles. Como arma importante debe tener, lógicamente, un uso prudente y meditado, nunca arbitrario ni disparatado.

Antonio del Cano

Cómo ganar autoridad

A continuación se exponen ciertos criterios que ayudan a ganar autoridad.

Perder autoridad está al alcance de cualquiera, pero ganarla no es tan sencillo. El ejercicio del autoritarismo, de la autoridad en beneficio propio, es quizás el mayor y más habitual obstáculo con el que se enfrentan los padres en la vida diaria. Cuando se envía a los hijos a la cama a la hora para poder ver un programa de televisión que avergonzaría compartir con ellos; cuando sin motivo suficiente se castiga a los hijos en otro cuarto para disfrutar con más tranquilidad la compañía de unos amigos; cuando se dan órdenes porque sí, sin razonar los motivos; cuando se descarga con los hijos la tensión del día, reprendiendo con dureza o con ironía conductas que en una situación normal ni se hubiesen comentado; cuando se exige a los hijos comportamientos o actitudes que los padres manifiestamente incumplen; en esos y en otros muchos casos similares se pierde la autoridad, se ponen las bases para que más adelante la desobediencia de los hijos estalle como una bomba de efecto retardado.

En resumen, coherencia y sentido común. La verdadera finalidad de la autoridad es lograr que el niño haga suyos, llevándolos a la práctica, los valores que regirán su comportamiento maduro, y no simplemente conseguir "conductas correctas". Por eso, la necesidad de la autoridad viene dada por el propio desarrollo de los hijos. La exige la realidad social, para que conozcan las normas que rigen la sociedad, y también la requiere la propia maduración normal de la personalidad, para facilitar el control de sí mismo. Adicionalmente hay que tener en cuenta que, sin autoridad, los valores y normas de conducta moral serían inalcanzables. Y como esta autoridad se desarrolla en un clima de confianza, los padres la refuerzan evitando las actitudes contrarias: el sarcasmo, la intimidación, la ironía, el negativismo, el desprecio, etc.

Y como en casi todos los capítulos educativos, para el afianzamiento de la autoridad resulta decisiva la actitud de los padres en los primeros años de la vida del niño, pues éste necesita de la constancia y el orden para aprender bien los objetivos básicos de esta edad y poner los fundamentos de un correcto proceso de maduración posterior. Los "terribles" dos años y las desagradables rabietas y pataletas del tercero son el resultado de haber tratado blandamente a los hijos, sin objetivos precisos y, sobre todo, permanentes. Aquellos hijos que saben lo que sus padres esperan de ellos, tienen una mayor facilidad para estar tranquilos y serenos; agradecen que sus padres dejen claros los límites, actuando con cariño y con firmeza, y lo demuestran con su conducta.

En este sentido resulta muy ilustrativa la recomendación ofrecida por el FERT, una de las asociaciones educativas de padres con más experiencia, que se recoge en una de las notas técnicas que se distribuyen a los padres que participan en sus cursos de orientación: "Si el hijo se encuentra atendido y aceptado, los padres no deben tener problemas en fijar claros límites antes del primer cumpleaños del bebé. Durante los primeros meses de vida los padres deben volcarse en amor y atenciones y responder casi incondicionalmente a cualquier petición razonable. A partir de los ocho meses, y especialmente durante el período del 'negativismo', entre los quince y veinticuatro meses de edad, cuando las peticiones de muchos niños son simplemente pruebas para saber hasta dónde pueden llegar, los padres deben reaccionar dándoles a conocer en términos precisos que los demás también tienen derechos". Y es muy importante este momento, porque si los padres salen derrotados ahora, después será mucho más difícil lograr un ejercicio mínimamente equilibrado de la autoridad.

Transmitir valores

Actuando de ese modo, y con un adecuado ejercicio de la autoridad, muchos padres han logrado transmitir a sus hijos los valores que ellos consideraban básicos y fundamentales. Otros no lo logran, pues aunque intuyen que el proceso educativo requiere esfuerzos y actuaciones concretas, la vida misma y los agobios del presente les impiden pensar en el futuro. También influye la actual configuración mayoritaria de la familia occidental, en la que la ruptura generacional es muy fuerte. El modelo de familia que había estado vigente durante muchas generaciones ya no es universal, y en muchas ocasiones tampoco los sistemas mediante los cuales los valores se transmitían de una generación a otra.

Pero lo que continúa vigente en todos los casos es la necesidad que tienen los padres de marcarse objetivos educativos, y de buscar y poner los medios necesarios para lograrlos. Los hijos, posteriormente, en ejercicio de su legítima libertad, orientarán su vida por uno u otro camino, quizás en algunas ocasiones lejos de los ideales que los padres intentaron transmitirles. Pero ello nunca será excusa para que estos hagan dejación de su mayor responsabilidad como tales, permitiendo que el ambiente social de cada momento o las distintas corrientes culturales sean influencias decisivas para sus hijos.

Los cambios en la empresa de hoy, según Drucker

A sus 90 años, Peter Drucker se siente aún con la agilidad mental suficiente para publicar un nuevo libro, *Managing in a Time of Change*. Con este motivo ha hecho unas declaraciones a Laure Beol, de *Le Monde* (8 enero 2000).

Drucker advierte algunas tendencias negativas en el funcionamiento de las empresas. En Estados Unidos, en los últimos quince años, "la valoración por parte del accionariado se ha convertido en el principal criterio de juicio". Atender a los resultados financieros es algo sano. Pero existen dos tipos de inversores: los individuos que invierten para obtener ganancias a corto plazo y los fondos de inversión que persiguen objetivos financieros a más largo plazo. Últimamente se ha puesto el acento sólo sobre los resultados financieros a corto plazo. Drucker piensa que la comunidad financiera debe aprender a buscar un equilibrio entre el corto y el largo plazo.

El énfasis sólo en los resultados financieros ha cambiado las relaciones de los trabajadores con la empresa. Según su experiencia en los seminarios para cuadros directivos que están algo por debajo de la cúpula empresarial, "aunque ganan mucho dinero, se sienten profundamente frustrados (...) Piensan que los financieros tienen poco respeto por los que trabajan en la empresa".

También ha hecho que se resienta la lealtad de los asalariados. "Los asalariados han comprendido que debían preocuparse sólo de sí mismos. Ya no esperan permanecer diez años en la misma empresa". En consecuencia, no es fácil "hacer compartir los valores y los intereses a asalariados que están mucho más centrados en sí mismos".

Otra de sus críticas se dirige a las desmesuradas diferencias retributivas. "Hace treinta años, el salario más elevado de una empresa era veinte veces el salario medio. Actualmente, es casi doscientas veces mayor". Drucker considera que esto es "extremadamente pernicioso" y que "destruye por completo el espíritu de equipo".

Le preocupa asimismo el "culto a la personalidad" en el mundo de la empresa, con hombres de negocios que ocupan las portadas de las revistas. "Esta situación me recuerda a la de los años 20, en la que conocimos un culto a la personalidad similar. Luego vino la crisis y todo se hundió. Creo sinceramente que vamos a tener una gran resaca".

Drucker señala algunas consecuencias que tendrá la evolución demográfica del mundo occidental. En los próximos quince años habrá una disminución importante del número de trabajadores educados menores de 35 años, con lo que habrá una dura competencia para contratarlos. "Las empresas deberán atraer, conservar y motivar a asalariados que yo llamo *knowledge workers*: personas competentes y expertas en un campo. Reemplazar a uno de estos trabajadores cuesta a la empresa de 20 a 70 veces su salario. En los últimos quince años, el *management* se ha responsabilizado principalmente de la producción y de la productividad. A partir de ahora debe responsabilizarse de los hombres que crean valor".

El énfasis puesto sólo en los resultados financieros ha cambiado las relaciones de los trabajadores con la empresa

Capacidad de concentración

Cuando una persona atraviesa una crisis importante en su vida (por ejemplo, ante problemas familiares o profesionales graves, o ante enfermedades serias), experimenta en su propia carne lo difícil que resulta mantener la atención en las rutinas habituales del trabajo o el estudio.

De la misma manera, cualquier persona que haya padecido una depresión sabe también cómo, en esa situación, los pensamientos autocompasivos, la desesperación, la sensación de impotencia o desaliento, son tan intensos que dificultan seriamente cualquier otra actividad.

Cuando la situación emocional dificulta la concentración, disminuye notablemente nuestra capacidad de mantener en la mente toda la información relevante para la tarea que llevamos a cabo y no logramos pensar con claridad.

El oasis de la concentración

En el extremo opuesto de esa dificultad para fijar la atención, está lo que podríamos llamar concentración: un estado en el que la atención se absorbe por completo y se focaliza tanto que se ciñe casi sólo a la estrecha franja de percepción relacionada con la tarea que estamos llevando a cabo. Es un estado de olvido de uno mismo, lo opuesto a la preocupación obsesiva, pues en vez de perdernos en el desasosiego, nos encontramos absortos en lo que hacemos.

Como ha señalado Daniel Goleman, la concentración nos hace entrar en una especie de oasis en el que, una vez en él, con poco esfuerzo de voluntad, mantenemos un alto rendimiento. Nos encontramos entregados a una tarea, sin pensamientos intrusivos que nos distraigan. Es un estado en el que hasta el trabajo más duro puede resultarnos entretenido, en vez de extenuante y agotador.

Valor educativo

Ese oasis del que hablamos produce un efecto gratificante que tiene importantes consecuencias en la educación, por ejemplo, de los niños a los adolescentes.

Muchos de ellos pasan muchas horas aburriéndose en actividades tales como ver la televisión, que apenas ponen a prueba sus habilidades. Si logramos que descubran la satisfacción que produce entregarse a una tarea que estimule su capacidad y les haga sentirse comprometidos con algo que les pone a prueba y les lleva a desarrollar nuevas áreas de su talento, entonces habrán entrado en el ciclo de la motivación.

Si, por el contrario, no logran habituarse a concentrar su atención en tareas que supongan un desarrollo exigente de sus capacidades, quedará muy limitado el alcance de las tareas intelectuales de las que disfrutarán en el futuro, pues les resultarán desproporcionadamente áridas e ingratas.

Fortalecer la atención

Es preciso encontrar tareas y habilidades que fortalezcan la capacidad de concentrarse y de proponerse objetivos: tareas en las que el niño o el adolescente vea que rinde, en las que se sienta seguro, satisfecho, estimulado. Después hay que ir ampliando y canalizando esas aptitudes hacia otros fines quizá menos atractivos a corto plazo (y enseñar a controlar los impulsos, demorar la gratificación y regular los estados de ánimo, etc.), pero para lograrlo es importante que antes separ fijar la atención eficazmente.

Carácter (Karakter)

Director: Mike van Diem.
Intérpretes: Fedja van Huêt y Jan Decleir.
122 min.

Rotterdam, años 20. Un duro agente judicial, que no tiene escrúpulos en desahuciar a los más pobres, tiene un hijo con su sirvienta. Ésta, ofendida, abandona la casa y da a luz al pequeño. Cuando el orgulloso padre le propone el matrimonio, ésta le rechaza –incluso su ayuda económica–, aunque vive en la miseria. Con lo cual se genera un odio que afectará al hijo de ambos. Pese a la búsqueda del amor por parte del muchacho, el dominante padre lo someterá a una tiranía y vejaciones profesionales, y eso le endurecerá para abrirse camino en la vida, hasta llegar a ser un famoso abogado.

Carácter –basado en la novela homónima de F. Bordewijk– posee una cuidada banda sonora y un montaje audiovisual discontinuo, que atrapan al público cultivado a lo largo del relato.

Será en la catarsis de esta dura historia, donde el espectador comprenderá el por qué de la actitud de los enfrentados protagonistas, cuyo carácter –así se titula el filme y la novela en que está basado– queda endurecido a propósito de uno y otro, para superar los avatares cotidianos y la lucha por la vida.

Kolya

Director: Jan Sveraak.
Guión: Znedek Sveraak.
Intérpretes: Znedek Sveraak, Andrej Chaalimon, Libuse Safrankovaa, Ondrez Vetchy.
112 min.

La breve historia transcurre en Praga, en el verano-otoño de 1989, poco antes de la llamada Revolución de Terciopelo contra la ocupación soviética. Un soltero ya maduro, mujeriego, violoncelista relegado por la situación política a tocar en los funerales del crematorio de la ciudad, recibe la propuesta de un amigo para que acepte –a cambio de dinero– un formulario de matrimonio civil, con el fin de que una joven rusa pueda conseguir la nacionalidad checa.

Esta joven tiene un hijo de cinco años, Kolya, con el que, debido a imprevistas circunstancias, se quedará el violoncelista.

Así, la narración fílmica despliega, con una moderada carga sentimental, la capacidad de ser generoso del solterón, antes egoísta; y el acercamiento sencillo y candoroso a él del niño Kolya.

El marco de la época coopera en la sobriedad y eficacia de los trazos psicológicos y afectivos, junto a un numeroso grupo de personajes secundarios, muy bien trazados e interpretados.

Un cine de alta factura, que de no haber ganado el Oscar a la Mejor Película Extranjera en 1997, quizá hubiera quedado reservado para los cinéfilos.

El submarino (Das Boot)

Director: Wolfgang Peterson.
Guión: Wolfgang Peterson.
Intérpretes: Jürgen Prochnow, Herbert Grönemeyer, Klaus Wenneman, Hubert Bensch.
210 min.

Después de conseguir una posición de fuerza en Hollywood –baste pensar en el éxito de Air Force One–, el director Wolfgang Peterson ha podido ver cumplido su sueño: el montaje según sus deseos de la película que lo lanzó a la fama. Esta película de 1997, tuvo una primera versión en 1981. En aquel año recibió seis nominaciones al Oscar de 1982, incluyendo mejor director, guión, fotografía, montaje, sonido y efectos de sonido.

El filme narra la vida cotidiana de un submarino alemán, durante la Segunda Guerra Mundial. De modo minucioso y sin cansar, se describe la rutina a bordo, junto a los peligros que sufre la nave en las distintas misiones.

Una de las grandes virtudes de la película es echar por tierra el tópico del ejército alemán estúpido y nazi. La película muestra personas normales, de carne y hueso, con sus familias, camaradería y rencillas, ajenos en muchos casos a la ideología imperante.

Quizá, en lo que se refiere al guión, desconcierta un poco al principio que el submarino navegue sin rumbo o misión; cuando se le fijan unos objetivos, la narración se hace más clara y emocionante, y ofrece prodigiosas secuencias, como la del posible hundimiento.

Un hábil uso de una vertiginosa cámara por los estrechos pasillos, una magnífica fotografía y un buen diseño de producción han convertido al filme en modelo de otros títulos como La caza de Octubre rojo y Marea roja, más conocidos del gran público.

Reflexión

Un banquero de inversión americano estaba en el muelle de un pueblito caribeño cuando llegó un botecito con un pescador.
Dentro del bote habían varios atunes amarillos de buen tamaño.
El americano elogió al pescador por la calidad del pescado y le preguntó cuánto tiempo le había tomado pescarlos.
El pescador respondió que sólo poco tiempo.
El americano luego preguntó porqué no permanecía más tiempo y sacaba más pescado.
El pescador dijo que tenía lo suficiente para satisfacer las necesidades inmediatas de su familia.
El americano luego preguntó, "pero ¿qué hace usted con el resto de su tiempo?". El pescador dijo, "duermo hasta tarde, pesco un poco, juego con mis hijos, hago siesta con mi señora, María, caigo todas las noches al pueblo donde tomo vino y toco guitarra con mis amigos".
El americano replicó, "Soy un MBA de Harvard y podría ayudarte. Deberías gastar más tiempo en la pesca y con los ingresos comprar un bote más grande, con los ingresos del bote más grande podrías comprar varios botes, eventualmente tendrías una flota de botes pesqueros. En vez de vender el pescado a un intermediario lo podrías hacer directamente a un procesador, eventualmente abrir tu propia procesadora. Deberías controlar la producción, el procesamiento y la distribución. Deberías salir de este "piche" pueblo e irte a La Capital, donde manejarías tu empresa en expansión".
El pescador preguntó, "Pero, ¿cuánto tiempo tardará esto?" A lo cual respondió el americano, "entre 15 y 20 años". "¿Y luego qué?" El americano se rió y dijo que esa era la mejor parte: "Cuando llegue la hora deberías anunciar un IPO (Oferta inicial de acciones) y vender acciones de tu empresa al público. Te volverás rico, tendrás millones". Dijo el pescador: "Millones ¿y luego qué?". Dijo el americano: "Luego te puedes retirar. Te mudas a un pueblito en la costa donde puedes dormir hasta tarde, pescar un poco, jugar con tus hijos, hacer siesta con tu mujer, caer todas las noches al pueblo donde tomas vino y tocas guitarra con tus amigos".
El pescador respondió: "¿Acaso eso no es lo que tengo ya?

Publicación mensual producida por **Luis Felipe Capriles, editor.**
Consejo editorial: Gabriel Gutiérrez, Luis Felipe Capriles y Ma. Denisse F. de Capriles
Coordinación: María Denisse Fanianos de Capriles
Imprime: Organización Gráficas Capriles
Tele/Fax:
e-mail:
Distribución por suscripción colectiva.

20 consejos de los jóvenes a sus padres

Todas las afirmaciones contenidas a continuación fueron dichas por jóvenes entre 15 y 17 años, que intentaban dar unos consejos a sus propios padres, a través de una encuesta realizada en colegios.

1. "**No dejen que los niños pequeños vean demasiada televisión**, porque si lo hacen adoptarán los malos ejemplos que se emiten y acabarán perdiéndoles el respeto".
2. "**El castigo debería ajustarse a la ofensa cometida**. Esto quiere decir que, a veces, los castigos físicos pueden ser necesarios".
3. "**Busca cosas positivas de los hijos**, en vez de encontrar constantemente modos distintos para reprimirles".
4. "**Sé constante en lo que digas**; si tomas una decisión, mantenla".
5. "**Cocina para la familia**", joven de 17 años que afirma que su madre nunca cocina, salvo en días de fiesta.
6. "**No digas groserías ni fumes**, a no ser que quieras que tus hijos hagan lo mismo".
7. "**Establece una hora de llegada** para las salidas de tus hijos. Hazles saber que lo haces porque les quieres y por su seguridad".
8. "**Juega con tus hijos**; diviértete y ríete con ellos".
9. "Padres: **Dí a menudo a tus hijas que las quieres**. Si no, buscarán ese cariño en los jóvenes o en sus amigos... y así nunca encontrarán la clase de amor que realmente necesitan".
10. "**No digas a tus hijos que lo que hacen son idioteces**".
11. "**Enseña a tus hijos** a cuidar de sus cosas y a preocuparse de sus hermanos".
12. "Acepta el hecho de que **los adultos no siempre tienen la razón**. Si estás equivocado, admítelo".
13. "Enseña a tus hijos que **un buen amigo comprendería que cuando dices no**, quieres decir realmente no".
14. "**No le eches en cara a tu hijo** constantemente lo que haya hecho mal anteriormente. Lo pasado, pasado está; y no puede cambiarse".
15. "**Siéntate con tus hijos para hablar** simplemente con ellos".
16. "**No saques conclusiones precipitadas**".
17. "**Elogia a tus hijos más a menudo**: cuando digan la verdad, saquen buenas notas, vayan limpios... diles algo que les enorgullezca".
18. "**Apaga la televisión y atiende a tus hijos**. No puedes seguir una conversación si sólo estás atento a tu programa favorito" (joven de 16 años que afirma que su madre se conoce de arriba a abajo la programación de la televisión pero que le cuesta recordar los cumpleaños de la familia).
19. "Cuando tus hijos sean pequeños **ayúdalos a que tengan sólo amigos valiosos**; si dejas que se relacionen con malos amigos, pronto acabarán estropeándose ellos también".
20. "Déjate involucrar en las actividades organizadas en el colegio de tus hijos y participa en ellas".